

 **REY
DESNUDO** 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Bartlett, Robert: *Why Can the Dead Do Such Great Things? Saints and Worshippers from the Martyrs to the Reformation*, Princeton, Princeton University Press, 2013.

María Paula Rey

Universidad de Buenos Aires

mariapaularey88@hotmail.com

Fecha de recepción: 20/04/2015

Fecha de aprobación: 27/04/2015

Why Can the Dead Do Such Great Things?, el último trabajo publicado de Robert Bartlett, es un estudio extenso y detallado sobre las características del culto a los santos en el contexto cristiano tardoantiguo y medieval, así como también una reflexión profunda sobre los contornos del fervor religioso y de la cultura cristiana europea. Al combinar una síntesis cronológica y geográfica con una extensa investigación temática, la obra tiene como objetivo desarrollar diversos aspectos constitutivos de un fenómeno complejo y dinámico. Esta propuesta ambiciosa, acompañada de la prosa ágil de Bartlett y de un soberbio trabajo editorial que consolida la publicación, convierten al libro en un material de referencia de gran valor.

Este trabajo puede considerarse parte de la preocupación más general de la obra de Bartlett por los fenómenos culturales y, en particular, por identificar los fundamentos y la formación de una cultura europea común durante la Edad Media, lo que él llama el proceso de “europeización de Europa”¹. Es también, por otro lado, el corolario de un largo trayecto de investigaciones realizadas durante los últimos diez años sobre el tema de la santidad, el fenómeno del fervor religioso y lo sobrenatural². Aquí, el culto a los santos aparece como un fenómeno cultural vasto que sintetiza múltiples dimensiones de la vida medieval, desde aspectos sociales y religiosos hasta políticos, institucionales y económicos. Como manifestación a su vez de identidades locales y de una identidad cristiana más general, el culto a los santos no constituye un elemento excluyente del mundo europeo occidental. Por el contrario, es un elemento común de conexión entre el mundo europeo latino y la cristiandad oriental —a la cual Bartlett hace referencia a lo largo del libro en un ejercicio comparativo que enriquece el análisis—.

De una voluntad profundamente descriptiva, el libro estudia la dinámica general subyacente del culto, indaga en la concepción medieval de la santidad y las actitudes frente a ella, combinando la generalidad con las particularidades temporales y regionales, y enriqueciendo el trabajo con una gran variedad de ejemplos y datos que señalan la erudición, la calidad metodológica y el profundo conocimiento de Robert Bartlett. Sin establecer una definición *a priori*, la santidad y el culto a los santos van revelando su naturaleza versátil a lo largo de los capítulos, y es a través de éstos que los contornos del fenómeno van adquiriendo consistencia. A lo largo de las páginas, la santi-

-
- 1 Bartlett, R., *La Formación de Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350*, Valencia y Granada, Universitat de València y Universidad de Granada, 2003. Allí, Bartlett afirma que “Europa constituye una región tanto como una idea (...) Desde la Baja Edad Media, sin embargo, se han dado entre las diferentes partes de la Europa central y occidental suficientes puntos en común para que esta región del mundo se pueda considerar razonablemente como un conjunto” (p.15). Y concluye que “Hacia 1300 Europa existía como una entidad cultural identificable. Aunque podía describirse de diversas maneras, algunos de los rasgos comunes de su vertiente cultural son los santos, los nombres, las monedas, los documentos, y las prácticas educativas (...) En el período bajomedieval los nombres y los cultos de Europa eran más uniformes de lo que habían sido nunca; en todas partes los gobernantes europeos acuñaban moneda y dependían de sus cancellerías; los burócratas de Europa compartían una experiencia común de alto nivel de educación. En todo eso consiste la europeización de Europa” (p.381).
 - 2 Algunos trabajos publicados son: *Life and Miracles of St. Modwenna*, Oxford, Clarendon Press, 2002; *The Miracles of Saint Æbbe of Coldingham and Saint Margaret of Scotland*, Oxford, Clarendon Press, 2003; *The Hanged Man: A Story of Miracle, Memory and Colonialism in the Middle Ages*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2005; y *The Natural and the Supernatural in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

dad aparece como un concepto flexible y difícil de definir unívocamente (p. 163): se trata de un fenómeno dinámico, que puede variar en su naturaleza y sus formas (p. 219), al que podemos aproximarnos principalmente a través de las manifestaciones del culto, ya que los santos no son personas de un tipo particular, sino personas que reciben un trato particular (p. 150). Es por esto que el culto y sus diferentes expresiones son el verdadero objeto del trabajo. Bartlett traza una clara distinción entre el santo-persona y el culto que se desarrolla alrededor de él, ya que no existe una relación necesaria entre el contexto temporal o regional de uno y otro (p. 33).

A pesar de las dificultades de estudiar en profundidad un fenómeno tan vasto y complejo, existen algunos elementos que permiten caracterizar el culto a los santos dentro de la tradición cristiana y comprender su perfil distintivo. Si bien muchas religiones poseen la idea de hombres y mujeres con poderes extraordinarios derivados de su contacto o vínculo con la divinidad, el rasgo singular del cristianismo es la veneración de los cuerpos exánimes de estas personas extraordinarias o de cualquier elemento material vinculado por contacto con los restos físicos, con la causa de muerte (como en el caso de los santos mártires) o con el lecho de muerte (p. 3). La devoción por estos testimonios materiales deriva de la creencia en su poder imperecedero de transmisión de lo sobrenatural, que a su vez se vincula con la idea del santo como intercesor entre el hombre y Dios. Esta singularidad del culto cristiano a los santos se encuentra sintetizada en la pregunta que formula San Agustín en *De civitate Dei*, cuando reflexiona sobre los milagros obrados por los santos, y que da título al libro: *why can the dead do such great things?* (p. 3).



El libro está separado en dos grandes partes. La primera, “Developments”, propone un recorrido cronológico de la evolución del culto a los santos desde sus orígenes en el siglo II d.C. hasta la Reforma Protestante. El primer capítulo, titulado “Origins” (100-500 d.C.), constata la aparición de las primeras formas del culto alrededor de las figuras de los santos mártires —aquellos que habían muerto por su fe en el contexto de las persecuciones romanas—. Estos mártires eran venerados por ser una clase especial de hombres y mujeres con un vínculo especial con Dios, en peque-

ñas ceremonias de fieles que se reunían alrededor de su tumba, donde celebraban la eucaristía y recordaban al santo en el aniversario de su muerte.

El siglo IV aparece como un punto de quiebre importante en la evolución temprana del culto, primero cuando el cristianismo deja de ser una religión perseguida en tiempos de Constantino, y luego al convertirse en religión oficial del Imperio en 380. En este sentido, el cristianismo redefine sus vínculos con el Estado e inicia un proceso de jerarquización y desarrollo institucional que impacta en los hábitos del culto. Una de las primeras manifestaciones de ese impacto se relaciona con las innovaciones arquitectónicas y la proliferación de los primeros *martyria*, templos construidos sobre el (muchas veces supuesto) lugar de emplazamiento de la tumba de algún santo mártir. Asociado a esto, y considerando que no todas las iglesias que se construían lo hacían sobre los restos de algún santo —sobre todo las iglesias urbanas, ya que en general los primeros santos cristianos eran enterrados fuera de los muros de las ciudades— aparece el fenómeno de la traslación de los restos de los santos, la relocalización ritual de sus cuerpos. Sin embargo, la traslación de restos físicos no era algo generalizado; más usual era la aparición de “reliquias de contacto”, objetos que habían estado en contacto con el cuerpo del santo o en su tumba.

Vinculados también al desarrollo institucional de la Iglesia a partir del siglo IV, aparecen los primeros intentos de uniformización de las prácticas del culto. Emergen en este período las primeras listas de mártires “locales” confeccionadas por las Iglesias, y la palabra “santo” comienza a restringirse progresivamente para designar a una élite de hombres y mujeres distinguidos por su vínculo con Dios³. Además, aparecen las primeras hagiografías, y el género comienza a adquirir contornos modélicos. Algo similar sucede con los primeros libros de milagros, que compilaban hechos milagrosos obrados por un santo en particular o un conjunto de santos. Por último, el fin de las persecuciones no significó el fin de la aparición de hombres y mujeres santos, sino que permitió la emergencia de un nuevo tipo: a diferencia de los santos mártires, que habían muerto por su fe, aparecen los llamados “santos confesores”, aquellos que habían vivido una vida de entrega religiosa, de forma heroica y ejemplar. No es casualidad, afirma Bartlett, que esta evolución transite

3 El término no pierde completamente su sentido inclusivo primitivo, la idea de que todos los miembros de la comunidad cristiana son “santos”, pero se restringe significativamente (p. 15).

paralelamente a la aparición del movimiento ascético y del desarrollo de las primeras formas de vida monacal (p. 17).

El segundo capítulo, dedicado al período altomedieval (500-1000), constata la supervivencia de algunos elementos vinculados a las formas originales del culto —los emplazamientos de tumbas, fechas de conmemoración, liturgias específicas, obras literarias, etc.—. No obstante, las transformaciones políticas, sociales y económicas del período y la profundización de la ruptura entre la cristiandad occidental y la oriental a lo largo de los siglos VII y VIII (p. 43) influyeron en la evolución y transformación de aspectos del culto cristiano. En primer lugar hay que mencionar la expansión del cristianismo más allá de los límites del mundo romano, que supuso la incorporación de nuevas regiones a la órbita cristiana —desde Bohemia, Polonia y Hungría, hasta el norte Escandinavo—, y provocó la emergencia de santos nativos, mixturando elementos romanos con elementos locales. Esto determinó que el culto adquiriera rasgos particulares en algunas regiones, diferenciándolas entre sí. Para dar cuenta de esto, Bartlett analiza brevemente el culto en tres lugares —Irlanda, la Francia merovingia y Bizancio— en un mismo momento —fines del siglo VI— para establecer un balance entre similitudes y diferencias. A grandes rasgos, constata que la proliferación del culto en estas tres regiones presenta rasgos similares vinculados a los atributos de la santidad —como el poder de sanación o la capacidad de intercesión con la divinidad— pero las distintas tradiciones locales imprimen al culto algunas diferencias importantes, por ejemplo la poca relevancia comparativa de las reliquias en Irlanda, o la tendencia hacia formas de ascetismo radical en Bizancio, como es el caso de los estilitas (p. 40). Un último rasgo significativo del período altomedieval es la efervescencia de la vida monacal y, en este sentido la tradición benedictina contribuyó de manera elocuente a la proliferación de la literatura hagiográfica y a la introducción de un nuevo tipo de santo: el abad o monje santo. Durante los “siglos benedictinos” (p.47), los monasterios se convirtieron en centros naturales del culto a los santos, de conservación de reliquias y de producción de material hagiográfico.

El capítulo dedicado a la Baja Edad Media (1000-1500) vincula en gran medida la evolución del culto a los santos a la consolidación de la autoridad papal y a la profundización del proceso de centralización burocrática de la Iglesia. Si durante la Alta Edad Media el culto floreció en gran medida de forma espontánea y bajo control de los poderes episcopales locales, a partir del siglo XII el

Papado en Occidente adquiere un rol activo en el proceso de definición de la santidad (p. 57). Este fenómeno se traduce en la afirmación del monopolio papal en materia de canonización, proceso que se formaliza y adquiere contornos regulares: se establecen requerimientos, condiciones, y se delimitan etapas dentro del proceso, fenómeno en estrecha vinculación con el proceso de institucionalización de la Iglesia, la consolidación de la monarquía papal y la uniformización del derecho canónico (pp. 58-61).

Otros fenómenos otorgan rasgos característicos al período bajomedieval. La multiplicación de las manifestaciones del culto a la Virgen María, como las grandes catedrales góticas urbanas, o la proliferación de imágenes de la Virgen entre los siglos XIV y XV, simbolizan los contornos de nuevas formas de devoción. A ellas se vincula la aparición de las órdenes mendicantes a lo largo del siglo XIII, uno de los fenómenos más originales y determinantes a la hora de dar forma a la espiritualidad bajomedieval, particularmente en el bullicioso mundo urbano emergente, presentando modelos alternativos de vida y prédica cristiana. Asimismo, la Baja Edad media conoció la proliferación de las santas laicas, mujeres de la nobleza que realizaban prácticas piadosas o llevaban una vida vinculada a la caridad, y las beguinas, mujeres que vivían en comunidades contemplativas y activas que realizaban actividades de asistencia a enfermos, niños, ancianos y pobres, pero sin tomar los votos. Un último elemento singular de este período es la aparición de las guildas y las cofradías o hermandades, formas alternativas de asociación que se vinculaban con un santo en particular y contribuían al desarrollo de una forma específica de culto, con actividades litúrgicas y también de caridad (pp. 77-81).

Este recorrido por la evolución de las formas de devoción y de culto a los santos concluye con un breve capítulo dedicado a la Reforma Protestante. Aquí se destacan las críticas y cuestionamientos de los reformadores respecto del culto a los santos en general y hacia la veneración de reliquias en particular, por sus potenciales desviaciones idolátricas y supersticiosas y por su vinculación con las estrategias de lucro de la Iglesia. Bartlett retoma brevemente las voces de Lutero y Calvino, destacando el caso de Inglaterra y la desaparición del culto a los santos en la Europa Protestante.



La segunda parte del libro, titulada “Dynamics”, es más larga y tiene un mayor contenido descriptivo. Abarca los capítulos 5 al 15, y plantea un recorrido temático por distintos aspectos que describen las características del culto cristiano a los santos. Comienza con el capítulo titulado “The Nature of Cult”, que enumera tres elementos que Bartlett considera los fundamentos del culto a los santos: el reconocimiento público del nombre del santo y su día, el tratamiento especial de sus restos, y la celebración hagiográfica y literaria de su vida y hechos. El nombre, en el contexto de la invocación, se transforma en la llave que abre la energía sobrenatural. Teniendo en cuenta que puede haber más de un santo con el mismo nombre, el lugar de entierro y el día de la muerte adquieren un significado decisivo, señalando la especificidad de un santo respecto a otro. Asimismo, la conservación del cuerpo adquiere una importancia esencial, ya que los restos físicos eran considerados fuentes de poder sobrenatural. Pero si la reverencia ante una tumba, ante el cuerpo de un difunto no es un atributo exclusivo del cristianismo, sí lo es la veneración de partes del cuerpo. Lo que yace detrás de esto es la idea de que la parte es tan poderosa como la totalidad (p. 102). Por último, la tradición literaria asociada a un santo era otro de los elementos fundantes del culto cristiano. No sólo en el formato hagiográfico de la *vita* de un santo, sino también las Pasiones, libros de milagros, registro de traslación de reliquias, etc.

El capítulo 6, “Saints’ Days”, profundiza en el análisis de la liturgia vinculada a los días dedicados a los santos, las características de las festividades, la elaboración y proliferación de calendarios y la relación entre culto e identidad local. Este último aspecto se destaca a lo largo de toda la obra ya que la síntesis entre los patrones generales del culto y los aspectos locales contribuye a la delimitación de los contornos de la cultura “europea” occidental, diferenciada de Oriente (p. 129) y objeto, como ya sostuvimos, de gran parte de los estudios de Bartlett.

En el capítulo siguiente se establecen los márgenes de posibilidad de elaborar una tipología de santos, para lo que se tienen en cuenta variables alternativas. Es un capítulo que ahonda en la tradición historiográfica reciente que ha tratado el problema, y hace hincapié en el *boom* de las décadas del 70 y 80 de “contar santos” y (re)elaborar listas de santos como estrategia para obtener

una perspectiva global sobre el fenómeno, siguiendo diferentes criterios, por ejemplo geográficos, cronológicos y de género. Esta metodología estadística no resulta del todo satisfactoria para Bartlett, que si bien la considera interesante por lo que puede aportar en términos globales, no opina que sea del todo útil porque restringe cronológica y geográficamente la figura de un santo, y no permite evaluar la evolución de su culto, que se escinde en gran medida de la realidad histórica del personaje. Por eso pueden proliferar cultos de forma tardía y desvinculada al momento histórico del santo —lo que sucede de forma recurrente— así como declinar los existentes o revivir aquellos que parecían olvidados.

La categorización de santos es otro elemento que se destaca en este capítulo, ya que desde temprano es la misma Iglesia la que impone una relación jerárquica entre santos. Bartlett analizará en profundidad estas categorías establecidas en el período medieval, que se constatan sobre todo en las innovaciones de la letanía: primero la Virgen María, luego los ángeles, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes. Bartlett dedicará a cada una de estas categorías algunas páginas de análisis, describiendo sus atributos, la evolución de su culto y su importancia relativa dentro del fenómeno general. Lo que se constata en este sentido, sin duda, es la preeminencia de la Virgen María por su carácter único, y la consideración del santo mártir como el ideal supremo de santidad. En relación a los santos confesores, Bartlett retoma también la subdivisión que la Iglesia realiza entre doctores, obispos, abades y vírgenes, analizando brevemente cada una de estas subcategorías. El caso de los ángeles resulta particularmente interesante, ya que demuestra la flexibilidad del concepto de santidad: los ángeles no constituyen ejemplos de vida, no existen sus restos físicos y por ello no poseen lugar de entierro y, sin embargo, son considerados santos, poseen días festivos en el calendario y sitios de peregrinación (p. 163).

Finalmente, Bartlett estudia brevemente algunas categorías alternativas, como la de los santos laicos o la de los reyes-santos (femeninos y masculinos), y dedica la reflexión final del capítulo al fenómeno de los santos patronos, el vínculo entre una figura de santidad particular y las parroquias, ciudades y reinos, destacando, una vez más, la importancia del culto como elemento de identificación local.

En el capítulo 8, “Relics and Shrines”, Bartlett analiza la veneración de reliquias y los santuarios, tumbas destacadas que albergaban los restos de mártires y santos. Se reconocen dos grandes tipos de reliquias: los restos físicos del cuerpo del santo, que como objeto de devoción por excelencia constituyen un atributo distintivo del cristianismo, y las reliquias “de contacto”, objetos que habían estado en relación con el cuerpo del santo o presentes en su tumba. La posesión de una reliquia —y en algunos casos verdaderas colecciones de ellas— otorgaba a una parroquia o iglesia mayor, y a la localidad o región a la que pertenecían, una relevancia especial dentro de la geografía cristiana, que incluía cientos de santuarios y lugares en posesión de reliquias célebres. Las reliquias eran veneradas por ser objetos sagrados, elementos de vínculo con el mundo sobrenatural imbuidos de un poder milagroso. El contacto con ellas podía sanar y, a menudo, eran usadas como amuletos portadores de buena suerte y de protección. Pero podían también ejercer el efecto contrario, como en los casos en que se quebrantaba un juramento o pacto hecho sobre ellas, algo muy frecuente en Occidente (p. 312). Como bienes móviles, las reliquias podían circular con frecuencia, a través de donaciones, compra-venta —a pesar de muchas legislaciones que prohibían la práctica— e incluso robo. Constituían un poderoso instrumento de diplomacia, ya que a menudo eran obsequiadas o intercambiadas por el carácter que imprimían al vínculo que se buscaba establecer. El traslado de reliquias de un lugar a otro era también frecuente, y constituyó un importante elemento para la expansión del cristianismo y su consolidación en nuevas regiones (p. 287).

En el capítulo siguiente Bartlett trabaja el fenómeno de los milagros, que forman parte del concepto cristiano de santidad desde sus comienzos. La capacidad de obrar milagros era entendida como una señal de santidad, pero no como un elemento constituyente o substancial de la misma, porque se aceptaba que la gente malvada también podía obrar milagros: lo sobrenatural no constituía un monopolio de los santos (p. 338). Si bien la definición de lo que constituye un acto milagroso conoció varias alternativas durante la Edad Media, existían algunos principios teológicos básicos, como el que afirmaba que los santos eran agentes del milagro, y que el verdadero autor de los mismos era Dios. Con la formalización del proceso de canonización a lo largo de los siglos XII y XIII, que consolidó al milagro como prueba de santidad, los juristas debieron establecer criterios más estrictos para definir qué constituía un milagro. En términos generales, el milagro

debía obrar más allá de los límites impuestos por la fuerza de la naturaleza, ser sorprendente, orientado a fortalecer la fe y ser producto de la intervención divina (p. 335). La dificultad radicaba en que la realización de un milagro debía ser demostrada, lo que implicaba el desarrollo de todo un proceso probatorio complejo y costoso. Los santos podían obrar milagros en vida, pero los milagros “desde la tumba”, póstumos, eran mucho más frecuentes, y su preponderancia es una característica del culto medieval, indisoluble del fenómeno de las reliquias y santuarios (p. 343). Por último, entre los tipos de milagros más frecuentes Bartlett menciona la sanación, las provisiones o transformación de sustancias, las visiones, profecías, y, con el desarrollo de formas extremas de santidad durante la Baja Edad Media, la levitación y la recepción de estigmas. Asimismo, eran frecuentes los milagros punitivos, derivados de la capacidad de los santos de infligir, al igual que la sanación, el castigo físico.

A continuación, en “Pilgrimage”, Bartlett rastrea los orígenes y desarrollo del fenómeno de la peregrinación en el mundo cristiano y la construcción del estereotipo de peregrino durante la Edad Media, caracterizado por tener un estatus legal propio —con el objetivo de proteger a los peregrinos durante la travesía— y un atuendo distintivo —la bolsa al hombro y el palo (p. 417). Asimismo, la formalización de reglas y procedimientos en relación al peregrinaje, como por ejemplo la entrega de certificados para atestiguar la llegada del peregrino al lugar sagrado, o la organización logística de un viaje de esas características en un contexto donde las comodidades escaseaban y los peligros eran cuantiosos, es un fenómeno del período medieval que se vincula entre otras cosas con la consolidación de grandes centros de peregrinación, como Roma, Santiago de Compostela, Canterbury y Colonia en Occidente, así como Constantinopla y Jerusalén en Oriente (pp. 425-433). El desarrollo de lugares de hospedaje, tabernas, guías para el peregrino e incluso recuerdos de los santuarios son algunos de los elementos visibles de la proliferación del peregrinaje a lo largo de Europa y Oriente en los siglos medievales. Por último, Bartlett indaga las motivaciones y consecuencias que subyacen al fenómeno de la peregrinación, destacando la importancia del fenómeno como herramienta de circulación de distintos elementos —de moneda o de ideas— y como elemento de vinculación e integración de distintas regiones.

En el capítulo 11, “Dedications and Naming”, Bartlett aborda el fenómeno de la dedicación de altares e iglesias a un santo en particular. Se trata de un capítulo relativamente breve, en el que el autor destaca la utilidad de los patronos de nombramiento y dedicatorias para elaborar una geografía del culto y medir su alcance. La influencia de los santos en la identificación toponímica y antroponímica es una señal de la evolución cultural de Europa y de Oriente y esta geografía del culto permite identificar diferentes tradiciones locales e incluso diferentes tipos de sociedad, por ejemplo el caso del mundo celta, cuyo largo listado de santos locales era prácticamente desconocido fuera de su región. (p. 453).

El testimonio iconográfico del culto apareció muy temprano en la tradición cristiana como algo controversial, por el potencial idolátrico (p. 471), pero constituye hoy en día la herencia más fácilmente perceptible del mundo medieval, y sin duda una de las más abundantes. Este aspecto del culto, tan central como el de la veneración de reliquias, es abordado por Bartlett en el capítulo titulado “Images of the Saints”. Allí, el autor trata superficialmente uno de los episodios sin duda más conocidos y debatidos del período altomedieval oriental, la iconoclasia bizantina, en sus dos períodos, 726-787 y 815-843. Este enfrentamiento feroz, cuya producción literaria se conserva hoy parcialmente —la mayor parte vinculada al sector que finalmente triunfó, el de los defensores de íconos— repercutió en el occidente carolingio, donde se estableció una distinción entre el culto a las reliquias, propio de occidente y el culto o veneración de imágenes, propio de oriente (pp. 480-481). A pesar de la polémica, la difusión de las imágenes a lo largo de la cristiandad medieval fue en aumento, tendencia que paulatinamente trascendió el ámbito público para desarrollarse en el ámbito privado de los hogares, señalando la evolución del culto y la importancia de la imagen no sólo como objeto de devoción, sino también como instrumento de identificación y protección (p. 499).

En “The Literature of Sanctity” Bartlett estudia las manifestaciones literarias vinculadas a los santos, enfatizando en particular el desarrollo del género hagiográfico y sus características distintivas. Indagando en las motivaciones de escritura, el énfasis de las Vidas como ejemplos modelicos, su estructura narrativa y el perfil de los escritores, Bartlett afirma que lo que subyace en la gran mayoría de ellas, y lo que les otorga coherencia no es la exactitud cronológica o la preci-

sión de los acontecimientos, sino su objetivo: persuadir al lector de la santidad del sujeto protagonista. Además de las Pasiones y las Vidas, Bartlett estudia otros tipos de registros escritos relacionados a la tradición del culto a los santos, como los libros de milagros, los sermones, las colecciones de vidas de santos, e incluso los registros escritos utilizados en los procedimientos de canonización.

En el anteúltimo capítulo, “Doubt and Dissent”, se abordan distintas manifestaciones de crítica hacia el culto a los santos provenientes del mundo islámico y del judaísmo, pero también desde el seno mismo del cristianismo. Bartlett retoma algunos temas ya trabajados, como la crisis iconoclasta en Bizancio, y señala distintos momentos de disidencia y diferentes formas de crítica: desde el escepticismo teológico y los movimientos heréticos de Valdenses y Cátaros, hasta movimientos más tardíos como el de los Lolardos en Inglaterra. Destaca también manifestaciones de escepticismo más cotidianas, como la burla, la falta de respeto y el cinismo respecto a los motivos reales detrás de la promoción del culto a los santos —fundamentalmente la sospecha de intereses políticos y económicos del propio clero—. Se trata de un capítulo que aborda la compleja relación entre el culto, la política eclesiástica y el vínculo del cristianismo católico con otras religiones o con otras manifestaciones de cristianismo más tardíos.

En el último capítulo del libro, titulado “Reflections”, Bartlett se aboca a la difícil tarea de dar cierre a una obra heterogénea en sus contenidos y profundamente descriptiva. Elige una estrategia sumamente enriquecedora: comparar las características generales del culto cristiano a los santos con religiones politeístas antiguas. Así, establece algunos elementos de comparación entre el culto cristiano de los santos y las tradiciones egipcias, griegas, romanas, y las otras dos grandes tradiciones monoteístas: el judaísmo y el Islam. Como conclusión, Bartlett elige un justo medio, cuando afirma que “The Christian cult of the saints has some unique features, but also some that are shared with other religions in other times and place” (p. 633), pero destaca, sin embargo, que la singularidad del culto cristiano a los santos deriva fundamentalmente de su flexibilidad y del rol central que cumple dentro del ámbito devocional cristiano católico.

Libro que conjuga muy bien la rigurosidad académica con una prosa ligera y orientada a un público más vasto, *Why Can the Dead do Such Great Things?* logra, a partir del análisis de un aspecto particular de la tradición cristiano-medieval, presentar un panorama de todo el mundo medieval donde se consignan elementos no sólo religiosos y devocionales, sino sociales, políticos y económicos. La obra retrata la totalidad de la vida medieval en una de sus manifestaciones más características.